Antonio Llanos

Quizá desde Porfirio Barba Jacob no ha tenido la poesía de Colombia una voz tan quebrada de angustia, tan herida de congoja y soledad como la de Antonio Llanos. En él se realiza maravillosamente aquella definición según la cual la poesía es el arte de temblar.

Quejumbre hacia Dios, alarido vuelto hacia lo divino, vacías manos ardientemente levantadas, desolación entre el humano bullicio, el canto de Antonio Llanos se alza solitario «como una columna de ceniza» entre las voces galantes, brillantes o sutiles de sus compañeros de generación. Este poeta, atento a los ritmos arcanos, a las altas músicas que limitan con las antiguas arpas de llanto, desdeñó la epidermis rosada y verde de las cosas fugaces, el rumor dorado de los días y la lluvia nocturna de la luna, y se plantó frente a los grandes temas eternos mordiendo su propio corazón, como una manzana amarga. Y es que para quien una vez sintió el espolazo repentino del infinito ya todo lo demás se hizo vano reflejo, espejo y espejismo.

Sin embargo, esta sed de claridades no terrenas, este ir llevando la propia voz como una trémula lucecita para explorar túneles espirituales y nieblas ultrahumanas, no hizo de Antonio Llanos un poeta confinado en una pequeña comarca lírica. El viajero de su poesía se sorprende al encontrar en ella, de pronto, el valle melodioso de la canción delgada y fina. La dulce alabanza de los seres: la mañana inventada por los pájaros, el agua que cuenta los días en su diáfano almanaque y lleva la contabilidad estelar, la venda del cielo sobre los ojos de las ventanas, las hojas como húmedas miradas vegetales, el balcón orlado de madrigal y serenata, la viñeta inocente de la hermana coronada por el vuelo de las palomas, la madre que sintió una vez cómo el canto del hijo por venir le subía hasta los labios como una rosa espiritual.

El valle del Cauca—con el parado cristal azul de su horizonte, y sus guaduas con intención de vuelo y caricia y entrega entre los brazos del sol, y sus palmeras que fueron surtidores antiguamente, en la época del alma, y sus ríos que parecen vivir para tener playas nada más, como el silencio para revelar el habla de las vírgenes, el Valle del Cauca que es a la geografía universal como la poesía a la retórica—ha encontrado en Antonio Llanos la voz que lo dijera.

Antonio Llanos publicará muy pronto «Temblor bajo los ángeles», manual de angustia y claridades, cuaderno de viaje por el sueño, esa misteriosa realidad del alma. Al libro que anunciamos, pertenecen los ocho sonetos que en seguida se publican.

EDUARDO CARRANZA

Universidad del Rosario | Archivo Histórico